

experimentaba, y continuó bebiendo ocho días seguidos.

Tras lo cual, no acordándose ya de su mitad, pues tanto pensaba en ella como en una botella vacía, volvió á emprender el camino de Ostende en compañía de varias pipas de Borgoña, destinadas á sustituir en sus bodegas á los toneles de fero, por el que, desde entonces, experimentó gran repugnancia. Pues, hasta ahora — interrumpió el joven, — no veo la conexión...

— Espere... Desde entonces, y regularmente, Scaëflander manda venir todos los años de Francia una docena de barriles de las mejores cosechas, para su consumo personal.

— ¿Doce barriles para él solo?

— ¡Claro! Me parece que no es muy exagerado.

— ¡Hum! Es cuestión de apreciación.

— Observe que digo barriles y no barricas.

— Sí, sí, comprendo.

— Ahora bien, como los carreteros que conducen el precioso líquido á su destino, suelen detenerse, antes de entrar en la ciudad, en la hostería adonde vamos á ir, el bueno de Picavez aprovecha la ocasión para visitar el carro y sacar de cada pieza diez ó quince botellas:

— ¡Ah! ah! ya caigo... ¡qué bribón!...

— ... Que luego vende muy caro á los pocos aficionados que hay en Ostende.

— En ese caso, nosotros no tenemos fondos bastantes para pagarnos ese regalo.

— No importa; como estoy en autos, deslizaré unas palabras al oído del buen hombre, para conseguir gran rebaja; ¡déjeme hacer, y ya verá!

III

LA HOSTERÍA DE LOS TRES AGUILUCHOS

Hablando, pusiéronse en marcha los dos hombres, y, como ya era de noche, andaban por medio de la carretera, por temor á una nueva emboscada.

El sargento no parecía sufrir de la herida y seguía con buen paso á su compañero cuyas largas piernas tragaban rápidamente el terreno.

Hacia un momento que la atmósfera, sostenida limpia hasta entonces, se cargaba de vapores y presentaba una opacidad de mal agüero.

Por otra parte, el día fué relativamente caliente, y todo anunciaba la proximidad de una de esas violentas tormentas de otoño, tanto más temibles cuanto menos previstas.

— ¡Eh! muchacho — dijo Cocardasse al observar tales síntomas; — démonos prisa si queremos evitar el mojarnos, pues el cielo tiene mal cariz.

— ¡Bah! — replicó sin preocuparse, el joven, — aunque nos regasen un poco, no sería esto gran mal.

— No opino yo lo mismo, que no me gusta el agua de ningún modo, ni por dentro ni por fuera.

Y para demostrar lo que decía, aceleró el paso, al que tuvo que amoldarse el del sargento.

Pero por más que hicieron ambos, pronto empezaron á caer enormes gotas en el polvo de la carretera, mientras el cielo empezaba á surcarse de vetas de fuego y á dejar oír siniestros truenos.

— ¡Vive Dios! — exclamó Cocardasse. — ¡Podíamos haber llegado en diez minutos!

— Lo que quiere decir que no nos mojaremos más que durante diez minutos — añadió con buen humor el sargento.

— ¡Pues es demasiado!... ¡Ah! ¡desvergonzadas! — exclamó alzando la cabeza hacia las nubes, á las que amenazaba con el puño — ¡si no estuviérais tan arriba!...

Varias gotas de agua que le cayeron en la boca, obligáronle á bajar la cabeza.

— ¡Córcholis! — profirió, escupiendo varias veces — ¡vaya un día de desgracia!... ¡Nunca sufrí mi gaznate tamaña injuria!

— No se incomode, veterano, pronto podrá usted lavarla con sangre generosa...

— Gracias á eso... Va mi lengua á bañarse en jugo de Borgoña ó de Girona, porque esas tres gotas me han quemado como si de fuego fueran.

La tempestad, cuya furia aumentaba por momentos,

no tardó en llegar al máximum de intensidad. Entonces las pesadas nubes derramaron torrentes de agua, y el rayo estalló sin interrupción, abarcando el espacio con deslumbradores relámpagos.

En presencia de ese cataclismo, ambos hombres, que del paso ordinario habían pasado ya al acelerado, empezaron á correr, para ponerse más pronto á cubierto.

Como había anunciado Cocardasse, así que doblaron el recodo de la carretera, distinguieron muy cerca una hostería cuya masa gris se perfilaba en el horizonte.

Dirigiéronse á ella; pero, en el momento en que llegaban, divisaron á lo lejos un carruaje cuyas singulares evoluciones llamaron su atención.

En vez de seguir la línea recta, veíanlo serpentear en todos sentidos y, á veces, inclinarse tanto que parecía que iba á volcar.

Además, acercábase con tanta velocidad que parecía arrastrado por corceles alados.

Mientras nuestros hombres se preguntaban lo que podría ser aquello, un relámpago fogoso que iluminó los alrededores, hizoles presenciar aterrador espectáculo.

Dos briosos caballos enganchados á una silla de posta desbocáronse, asustados sin duda por el huracán, y espumeando, con los ojos inflamados, galopaban infernalmente hacia adelante.

Un postillón tiraba á más no poder de las riendas, haciendo inútiles esfuerzos para dominar á los furiosos animales, al tiempo que á una portezuela se aso-

maba un hombre con las facciones crispadas por la ansiedad.

Ante tal espectáculo, el sargento y Cocardasse comprendieron en seguida su deber.

— Quédese ahí — dijo al veterano el sargento; — yo voy á colocarme al otro lado de la carretera, y en cuanto el carruaje pase ante nosotros, nos lanzamos á una contra los caballos.

— ¡Comprendido! — aprobó el soldado.

Y como nada tenía que intervenir la liebre en el asunto, la dejó cuidadosamente en el suelo, en sitio seguro.

No habían pasado aún diez segundos, cuando el vehículo llegaba á ellos como una tromba.

Entonces, precipitáronse ambos contra los caballos. Desgraciadamente, Cocardasse, al tomar carrera, puso el pie en falso en el mojado suelo, perdió el equilibrio y cayó en el barro, en donde permaneció extendido jurando cuanto podía.

El sargento, más afortunado ó menos torpe, consiguió agarrar por las narices á uno de los animales desbocados, y se colgó de ellas, comprimiéndolas con todas sus fuerzas.

Al principio, esta maniobra no produjo más resultado que el redoblar la rabia del caballo, cuyo desenfrenado galope se hizo aún más furioso y que, por poderosas cabezadas, trataba de deshacerse de su carga humana. Pero el puño de hierro del guardia francés, parecía soldado á las narices del cuadrúpedo, y, á cada nueva sacudida, los dedos se incrustaban más en la carne.

Recorrieron así unas cincuenta toesas, durante las cuales el joven estuvo veinte veces á punto de ser destrozado.

Por fin, rendido y sin aliento, el animal cuyó al suelo, arrastrando al compañero en su caída.

En el mismo momento, un trueno más violento que los anteriores, desgarraba el aire con su fragorosa descarga, y el enorme tronco de una encina centenaria que al borde de la carretera había fué cortado en dos por el rayo, y se desplomó á medias con horrendo estrépito, cayendo sobre los caballos y dejándolos muertos en el acto, horriblemente aplastados.

De haber dado un paso más, fuera el carruaje quien recibiese tan considerable mole, bajo la cual hubiera quedado inevitablemente triturado, así como también los que lo ocupaban.

Por casualidad providencial ni el sargento ni el postillón fueron heridos por los salientes ramos que los cubrían de follaje, de los que pudieron desprenderse sin gran esfuerzo, extrañándose de verse sanos y salvos.

Mientras se ponían en pie, apeáronse de la silla un hidalgo y dos damas, éstas aún bajo la impresión del terror que acababan de experimentar, y haciendo esfuerzos para no desfallecer.

El hidalgo las tranquilizó con amables palabras; y luego, acercándose al sargento, le dijo:

— Déme su nombre, para saber á quién debemos la vida.

— Felipe, sargento del 3.^{er} regimiento de guardias franceses — contestó Buena Espada.

— Bien. Espero darle dentro de poco pruebas de mi agradecimiento. Entretanto, permítame felicitarle por el valor que ha desplegado en esta circunstancia. Esto denota un alma de temple superior.

¿No opinas tú lo mismo, querida Flor? — añadió el gentilhombre, dirigiéndose á una de las damas.

— Completamente — aprobó ésta — y su acción, caballero, está por cima de toda ponderación, pues se ha expuesto usted á un grave peligro por salvarnos. Nunca lo olvidaremos, y procuraremos por todos los medios, saldar la deuda que acabamos de contraer con usted.

Confuso por esas alabanzas que creía exageradas, no sabía el sargento qué actitud guardar y hallábase muy turbado.

Afortunadamente, un incidente vino á recrear esta escena.

Hasta entonces, todo había ocurrido en la oscuridad, pues los faroles del carruaje habíanse apagado por los vaivenes que sufrió éste; pero el postillón encendió uno, y se acercó al grupo para tomar sus órdenes, con lo cual quedó cada personaje iluminado por luz intensa.

Entonces pudo observar el sargento que las dos damas eran sumamente hermosas y tenían entre sí gran parecido, si bien una estaba ya en la edad incierta de la mujer y la otra apenas había salido de la adolescencia.

Esta última reunía tantos encantos y atractivos que el joven permaneció extasiado y la contempló en silen-

cio, con el corazón invadido por un sentimiento nuevo en él.

Por su parte, al ver la belleza del guardia francés, la señorita parecía sentir profunda emoción, porque su rostro se tiñó en seguida de vivo carmín y el seno se le levantaba con precipitado movimiento.

Pero esa turbación exterior de ambos sólo fué pasajera.

Como por tácito convenio, temiendo que sus facciones denunciassen lo que pasaba por ellos, recobraron pronto, aunque no sin esfuerzo, una fisionomía impasible é indiferente.

— Mira, Champagne — dijo el hidalgo al postillón — ya que no podemos llegar hoy á Ostende, habría que hallar albergue para esta noche. Ponte en marcha, y búscanos una habitación hospitalaria en las cercanías.

Disponíase á ejecutar la orden el postillón, cuando el sargento tomó la palabra:

— Caballero, — dijo — muy cerca de aquí, en la carretera, hay una hostería de bastante buen aspecto. Quizás pudieran ustedes utilizarla hasta mañana.

— Sea como fuere esa hostería, es lo que necesitamos, y ya nos arreglaremos.

— ¿Quiere usted conducirnos á ella?

— Con mucho gusto.

É iban á ponerse todos en marcha, cuando una voz los detuvo.

— ¡Cómo! ¡Señor de Chaverny! — decía esa voz — ¡Servidor de ustedes!... ¡señor marqués!... ¡señora

marquesa!... ¡señorita!... ¡les saludo respetuosamente!...

— ¡Cocardasse! — exclamaron á una el marqués y las dos damas (pues era él, acompañado de su esposa y de su hija) al ver aparecer al soldado.

— ¡El mismo! — dijo éste, acercándose con el sombrero en la mano y haciendo una profunda reverencia.

— ¿Pero de dónde sale, Cocardasse? — preguntó la marquesa. — Ya hace tiempo que no se oye hablar de usted.

— Es verdad, señora Flor... En cuanto á decirle de dónde salgo... ¡Mire usted!

Y diciendo esto, colocóse el maestro de armas ante el rayo luminoso del farol que tenía Champagne, y echó una mirada de compasión por su persona.

Todos le miraron, y aunque la situación no fuera muy divertida, la risa apareció en todos los rostros.

El cuerpo de Cocardasse no formaba más que una masa grisácea, bajo la que él desaparecía por completo.

Á lo largo de sus brazos, espaldas y muslos escurrían riachuelos de limo que iban á perderse en el embudo de sus botas, no mejor paradas que el resto de la indumentaria.

En fin, hasta la cara tenía cubierta de manchas de raro aspecto.

— ¿Qué te ha ocurrido? — preguntóle el señor de Chaverny, — ¿y qué extraño abrazo has dado á nuestra madre común, para que te haya dejado semejantes señales de afecto?

— ¿Lo que me ha ocurrido? Voy á decirselo...

Estaba yo con ese joven en la carretera, é iba, como él, á arrojarme contra los caballos, cuando, á causa de un resbalón, empiezo á tambalearme y acabo por perder el equilibrio.

Viro á derecha, luego, á izquierda, echo hacia delante, después, hacia atrás, y, por fin, caigo como una rana en medio del camino... ¿Han entendido?

— ¡Perfectamente! — repuso el marqués — ¿Luego conoces á este sargento; puesto que estabas con él?

— ¡Ya lo creo! Hace lo menos dos horas... Y nos hemos conocido de un modo muy raro.

Figúrese que el picaronzuelo...

— Querido Cocardasse — interrumpió la marquesa — ¿le es á usted lo mismo contarnos eso en otra ocasión? Mi hija y yo estamos rendidas y tenemos ganas de estar bajo techado, para poder descansar.

— Como usted guste, señora Flor.

— Entonces, pronto, á la hostería — ordenó Chaverny, dando la señal de partida.

No tardaron en llegar á la hostería en cuestión.

Titulábase *Aux Trois Aiglons*, como lo indicaba una enorme placa de cinc, en cuyo centro había pintados tres grandes volátiles, especie de patos, agrupados en la posición en que se los suele llevar al mercado.

El hostelero, hombre grueso y molletudo, prevenido por el postillón de la llegada de sus amos, salió al encuentro de los viajeros haciéndoles una serie de reverencias á cual más obsequiosas.

— ¿Puedes darnos alojamiento esta noche, buen hombre? — preguntóle Chaverny.

— Sí, monseñor: tengo libre todo el primer piso — respondió el hostelero en jerga medio francesa y medio flamenca.

— Bueno, pues haz que subamos pronto.

— Háganme ustedes el honor de seguirme, que yo mismo voy á acompañarles.

Y abriendo una puerta situada junto á la entrada principal de la venta, precedió el hombre á sus huéspedes.

Antes de entrar, Chaverny y la marquesa se volvieron para decir todavía algunas palabras de agradecimiento al sargento y avisarle que deseaban verle lo antes posible; pero no lo vieron, como tampoco á Cocardasse.

Éste y Buena Espada se mantenían á distancia, uno por no mostrarse en tan brillante compañía, en el fan-goso estado en que se hallaba, y el otro, para ahorrarse nuevas protestas de agradecimiento que ofendían á su modestia.

— ¿En dónde se han metido? — preguntó Chaverny; — han desaparecido como dos sombras.

— Pues yo hubiera querido dar las gracias una vez más á ese joven militar — dijo la marquesa; — me parece que nos separamos de él algo bruscamente.

— Tal vez se haya retirado por temor á ser importuno — continuó el marqués; — pero lo volveremos á ver por Cocardasse, que debe de estar con él; no te preocupes por ello, querida Flor.

Y siguieron al hostelero.

El alojamiento adonde éste les condujo hallábase en una parte retirada de la casa. No ofrecía aspecto muy lujoso; pero como siempre era mejor que dormir al sereno, posesionáronse de él nuestros viajeros sin la menor recriminación.

Por otra parte, poco les importaba: estaban rendidos y querían descansar.

El postillón dirigióse á Ostende, primero para avisar á las gentes del marqués y de la marquesa, que se habían anticipado y llegaron por la mañana á la población, y no se inquietasen por la ausencia de sus amos; y después, para proporcionarse, al día siguiente, á primera hora, otros caballos y coche, pues los suyos habían quedado fuera de servicio.

El local inferior del albergue se componía de dos salas: una que daba á la carretera y que era la sala común ó sea la taberna, y la otra, á continuación, y la cual daba acceso á un patio cercado por tapias poco elevadas.

Esta última servía de sala reservada.

Cocardasse y el sargento esperaron que hubiesen subido los señores de Chaverny con su hija, y luego, entraron á su vez en la hostería.

El soldado se había limpiado ya la ropa, y, como hombre de precaución, no olvidó recoger la liebre que, como sabemos, había dejado en el suelo al ir á lanzarse contra los caballos.

La primera sala estaba ocupada por siete individuos, vestidos con el traje de arrieros flamencos, del

que la principal prenda era una larga y amplia capa que les cubría hasta los pies.

Sentados ante enormes pichelos de faro y fumando largas pipas de barro oscuro, ninguno de ellos parecía enterarse de la presencia de los recién venidos.

— ¡Hola! ¡maestro Picavez! — dijo Cocardasse, colocando la liebre ante las narices del hostelero, quien, despedido ya por Chaverny, acababa de entrar en la taberna, — prepárenos este animal, y pronto, pues tenemos un hambre de mil demonios.

— Bueno, señores soldados — dijo el posadero — dentro de media hora escasa estará lista.

Y luego, después de entregar la liebre á una criada, añadió:

— ¿Quieren que les sirva algo mientras tanto? Tengo excelente faro.

— ¡Puf! — exclamó el soldado con repugnancia. — No nos enseñes nunca el color de esa tisana; pues me daría náuseas.

— Es usted delicado — replicó Picavez, algo ofendido; — mi faro no es ninguna tisana, sino buena y hermosa cerveza, muy apreciada en el país. Pregúntenselo á esos señores que se están regalando con ella desde esta tarde.

— No me extraña... ¡Esa gentuza!... — dijo Cocardasse mirando desdeñosamente á los parroquianos; — ¡esos no pueden beber otra cosa!...

Al oír esas palabras insolentes, prodújose cierto estremecimiento de cólera entre los arrieros, algunos de los cuales llevaron en seguida la mano bajo su capa.

Pero, á una seña hecha por uno de ellos, volvieron todos á su actitud pacífica.

— Traíganos — dijo el soldado — una buena botella de Borgoña para ir tomando paciencia; esa es la única bebida que conviene á gatzates franceses.

— Voy á servírselo, señores; pero, antes, creo conveniente prevenirles que mi vino es caro: vale treinta sueldos la botella, en moneda francesa. Ya comprenderán ustedes que los gastos de transporte, los impuestos, los derechos, etc... me obligan á venderlo á ese precio.

— ¡Sí! ya comprendemos — observó Cocardasse.

Y, en voz baja, añadió:

— Diga, buen hombre, ¿no entra algo Scaëffander, en esos gastos de viaje, impuestos, etc.?...

— ¿Qué quiere usted decir? — dijo asombrado, Picavez.

— ¡Nada, hombre! Á no ser que podría usted, y creo que sin gran perjuicio, rebajar algo el precio.

El hostelero pareció perplejo; instintivamente lanzó una mirada en torno suyo para ver si había á su alcance oídos indiscretos.

Pero como no vió á nadie, salvo á los arrieros, que sólo se fijaban en sus vasos y sus pipas, replicó á media voz:

— Con mucho gusto, señores, haré un sacrificio en su favor... aunque no sé lo que quiere usted decir... se lo aseguro; les dejaré la botella á veinte sueldos.

— Á quince.

— No; á veinte.

— A quince, le digo.

— No puedo, la verdad ; me cuesta todo muy caro.

— ¡ Pero no el vino ! — dijo Cocardasse guiñándole el ojo y con una sonrisa irónica.

Picavez dejó ver una mueca, lanzó un suspiro doloroso y respondió, casi gimiendo :

— ¡ Bueno, sea ! sólo les costará quince sueldos ; pero lo hago porque son ustedes militares... de lo contrario...

— No llore, buen hombre — dijo con sorna el soldado. — Mire, para reconocer su amabilidad, tomaremos dos botellas en vez de una ; así podrá desquitarse de la pérdida. Somos de buena pasta.

El ventero pensó que nada conseguiría discutiendo más tiempo, así es que limitóse á responder :

— Bueno, señores ; ahora mismo les mandaré las dos botellas.

Y se retiró á escape, por miedo á que le exigiesen aún nueva rebaja.

Durante ese tiempo, los dos soldados, que querían estar solos para hablar más tranquilamente, entraron en la segunda sala y se sentaron á una mesa colocada junto á una ventana abierta que daba al patio.

Al poco rato, una criada les llevó las dos botellas pedidas, dos vasos y una antorcha.

Cocardasse hizo saltar el tapón y llenó los vasos :

— Á su salud, chiquillo — dijo.

— Á la suya, veterano — contestó el sargento. Cuando los vasos quedaron vacíos sobre la mesa, Buena Espada continuó :

— Diga usted, compañero, hace poco he oído pronunciar por primera vez su nombre : ¿ será usted por ventura ese Cocardasse de que tanto me ha hablado Passepoil, y que estuvo al servicio de cierto caballero de Lagardère, hecho más tarde conde de Lagardère, cuando se casó con la hija de Felipe de Nevers ?

— ¡ Sí ! Yo soy ese Cocardasse... Cocardasse *junior*...

— ¿ *Junior* ?

— ¡ Siempre ! ¡ Ah ! ¿ Con que le hablaba de mí, Passepoil?... ¿ Y qué ha sido de ese buen amigo ?

Me acuerdo que era un muchacho que poseía muy buenas cualidades ; pero tenía un defecto capital que las eclipsaba todas : prefería las mujeres al vino, lo que le conducía á cometer todos los días grandes majaderías. Yo no pude hacer carrera de él y lo abandoné á su desgraciada suerte.

De eso hace ya mucho tiempo ; y desde que me separé de él, no he vuelto á tener noticias suyas, lo cual me entristece.

— Yo le quitaré esa pena. Amable Passepoil es actualmente profesor de esgrima en París en donde tiene una sala de armas cerca del pequeño Châtelet.

Está casado, y tiene un hijo que va para los diez y nueve años.

— ¡ Ah ! ¡ ya me suponía yo que acabaría mal ! En fin, peor para él ; y sin embargo, yo le puse muy en guardia contra el matrimonio, y en definitiva, bien empleado le está.

¡ Á su salud, muchacho !...

— Á la suya, veterano.

— ¿Y el pequeño Passepoil ha heredado la tontería de su autor?

— No; él tiene otra pasión: sólo le gustan los escudos.

— Eso es por el estilo de lo otro. Decididamente, los Passepoils son tristes gentes. ¿Pero, cuando menos, tirará á la espada el hijo?

— Sí; y es casi tan ducho como el padre; además, ya lo podrá ver usted mismo, porque está en el ejército. Sentó plaza conmigo, y pertenece á mi compañía. Es un muchacho bonísimo, al que me une estrecha amistad, aunque tenga ideas completamente opuestas á las mías desde el punto de vista del dinero.

En aquel momento, entró la criada con la liebre, interrumpiendo así la conversación.

— ¡Por fin! — exclamaron á una los dos soldados, cuyo apetito había aumentado con la espera.

Y, sin más preámbulo, atacaron valerosamente la fuente.

Aunque no estaba del todo bien guisada la liebre, no podían quejarse, teniendo en cuenta la rapidez con que la habían preparado; así es que sólo se cuidaron de poner en juego sus mandíbulas, de tal manera, que al cabo de un cuarto de hora, sólo quedaban del animal algunos vagos y escasos desperdicios.

Y terminaron la comida con un buen trago.

— Ahora, amigo, — dijo Cocardasse, recostándose contra el respaldo de su asiento, y colocando los pulgares en las sisas de su jubón; — ya que estamos aquí solitos y tranquilos, ¿quiere contarme su historia, como me ha prometido?

— No deseo otra cosa. Quizás le interese, y quizás también vea más claro que yo el extraño embrollo que la constituye.

— Ande, pues, muchacho, que le escucho. Tenemos tiempo por delante, así es que puede contarla detalladamente... de ese modo haremos la digestión.

— Ante todo — empezó el sargento — debo manifestarle que no conozco mi apellido.

— ¿No tiene usted apellido?

— Ó á lo menos, el que tengo no es más que un nombre. En efecto, me llamo Felipe á secas.

— ¿Pero y el apellido de su familia?

— No tengo familia.

— ¡Tate! igual que yo — repuso ingenuamente el viejo maestro de armas. — Cuando menos — añadió vivamente — no la tengo ya. ¡Ah! ¡pobre muchacho! ¿cómo es eso?

— Ahí está el misterio de mi vida... misterio que hasta ahora no he podido comprender...

— ¡Y no será hoy cuando lo comprendas... sargento Buena Espada! — gritó un individuo que apareció súbitamente en la puerta de la sala que acababa de abrirse violentamente.

— ¡Matías Knauss! — exclamó el sargento al ver al desconocido. — ¡Ah! ahora comprendo la puñalada que he recibido en el bosque.

— ¡Buena Espada! — gritó al mismo tiempo Cocardasse. — ¡Me gusta ese nombre!

— ¡Á mí, vosotros! — ordenó el intruso precipitándose en el cuarto, seguido de los siete supuestos arrie-

ros, que habíanse despojado de las "capas y aparecían ahora vestidos de arrieres.

Apenas penetraron, dividiéronse los agresores en dos bandos iguales, uno de los cuales atacó al veterano y al sargento el otro.

— ¡Santo Dios! — exclamó Cocardasse, así que vió de lo que se trataba. — ¡Quieren asesinarlos al chiquillo y á mí!...

Petronila, hermosa mía — añadió desenvainando su larga espada — aquí tienes tarea.

Y poniéndose inmediatamente en guardia, se colocó junto al sargento, quien también había echado pronto mano á la espada.

IV

UN BUEN TIRADOR

Pero, antes de proseguir, tenemos que remontarnos á una media hora antes de esa escena, es decir, al momento en que los soldados se ponían á la mesa.

En aquel instante, un hombre que llevaba dos ó tres minutos rodando alrededor de la hostería, se decidía á entrar en ella y á reunirse á los parroquianos á quienes Cocardasse había llamado « *gentuza* », que, por otra parte, eran los únicos que quedaban en la sala.

Dicho hombre ostentaba el uniforme de las compañías francas alemanas.

— ¿Y tu individuo, Matías?... ¿Has acabado con él? — preguntó á Knauss, en lengua germana uno de los consumidores, que parecía tener cierta prioridad sobre sus compañeros.

— Desgraciadamente, no — contestó en el mismo idioma el interpelado.